

Caperucita Roja en el Multiverso del Ahorro

Por: amartzzz

Esta es la historia jamás contada de aquella niña que, junto a su abuelita, fue rescatada de las garras de un lobo que intentaba hacerles daño. Así es: este cuento es sobre Caperucita Roja y cómo la fiera se convirtió en su mentor financiero.

Mientras Lobo Feroz cumplía su condena en Control Animal, Caperucita creció, fue a la universidad y consiguió trabajo: se convirtió en una persona adulta, independiente y funcional, con defectos y virtudes, con ingresos y muchas deudas.

De lunes a viernes, Caperucita utilizaba las apps para trasladarse de su casa a la oficina y ahí, ordenaba un café con leche de soya del Amazonas con jarabe de caramelo y un croissant de pechuga de pavo libre, para desayunar. A la hora de la comida, se mantenía un poco más humilde y comía en la fondita, pero entre el postre y la botanita, no dejaba de tener gastos *hormiga*.

Los fines de semana, los gastos seguían y seguían pues, para ella, el sábado y el domingo eran días de risas y diversión, pero sobre todo, de mucha perdición.

Un día en el centro comercial, vio un objeto resplandeciente sobre el piso y aunque sabía que “no todo lo que brilla es oro”, se acercó para ver si era valioso y podía empeñarlo para ayudarse a pagar sus excesos pagados con *tarjetazo*.

Al acercarse, Caperucita identificó que se trataba de un billete de 50 pesos. ¡Pero no cualquiera! Era un *ajolotito* que, por cierto, ¡estaba en peligro de extinción! Sin dudar, se acercó a él y sostenerlo, algo mágico sucedió: viajó a otra realidad.

Era la misma plaza en la que había estado deambulando por horas, pero no la distinguía: el lugar, la gente y el ambiente cambiaron en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras trataba de entender lo que estaba sucediendo, una misteriosa mujer llamó su atención pues, aunque no vio su rostro, le pareció conocida.

Llevaba una capa con capucha roja igual a la de Caperucita, pero su semblante era distinto: parecía unos años mayor y su semblante reflejaba angustia.

Caperucita, llena de curiosidad, comenzó a seguir a la mujer quien, ensimismada en sus pensamientos, caminaba con pasos lentos y pausados. De pronto, se detuvo.

- "¡Caperucoda! ¿Cómo estás? ¡Qué milagro!" - exclamó una voz ronca y masculina.

Sin haberlo visto aun, Caperucita quedó helada al reconocer la voz de Lobo Feroz e intrigada, decidió quedarse a escuchar la conversación.

- "¡Querido Lobo, tanto tiempo sin vernos, amigo!", exclamó la mujer, mientras lo abrazaba. "Vine a comprar un teléfono celular, pero ¡ni te imaginas cuánto batallé!"

- "¡Pero si sólo es un celular, Caperucoda! Pero a ver, pláticame", respondió Lobo.

- "Entré a una tanda para ahorrar, pero me angustiaba al imaginar que se quedaban con mi dinero", respondió Caperucoda. "Además, sólo he comido frijoles. ¡Hacer la despensa es un lujo! Pero bueno, ¡al fin tendré mi Ricofón 20!", prosiguió.

- "¿Y ya checaste que el Ricofón cueste lo mismo que cuando empezó la tanda?", preguntó Lobo, sin reparar. "Todos los días, los precios de los bienes y servicios cambian, Caperucoda. No creo que tu teléfono sea la excepción", insistió, dejando absorta a la mujer, quien no había pensado en esa posibilidad.

- "Entonces, a menos que pagarlo a 60 largos meses sin intereses, yo te recomiendo seguir ahorrando, pero bien, con una inversión", enfatizó el sabio animal.

- “¿Inversión?”, preguntó Caperucoda.

- “¿Inversión?”, repitió Caperucita, quien había escuchado esa palabra del Lobo de *Wall Street*, pero que oírlo del hocico de Lobo Feroz hizo que prestara más atención.

- “Así es, Caperucoda. Con una inversión, el dinero que ahorras genera ganancias, ¡sin sacrificar tus necesidades básicas!”, dijo. “Mejor utiliza ese dinero para surtir tu despensa y cuando hayas comido bien, piensa en tus prioridades. Puedes comprar un teléfono similar sin gastar tanto y lo que te sobre, invertirlo para que, ante un imprevisto, ¡no te quedes en ceros!”, explicó Lobo Feroz y siguió su camino.

Por un momento, Caperucoda y Caperucita reflexionaron las palabras de Lobo, preguntándose si hacer una inversión era tan fácil como parecía o si debían ser expertas en el tema, cuando de pronto alguien interrumpió sus pensamientos.

Una distinguida mujer con capa roja se detuvo frente a ellas. Detrás, con traje negro, lentes oscuros y la pata izquierda sobre un radio comunicador colocado en su enorme oreja, Lobo Feroz cuidaba que nadie se acercara, mientras Caperucita y Caperucoda observaban, anonadadas, al animal guardaespaldas.

En ese momento, las tres mujeres comprendieron que eran una misma, pero en realidades distintas. A diferencia de las otras dos, Caperucita conocía la importancia de invertir su dinero para hacerlo crecer y disfrutarlo en su vejez.

- “¿Y cómo lo haces? ¿Cuál es tu secreto? ¿No comes?”, preguntó Caperucita.

- “¡Claro que como! Hago lo mismo que tú, pero mejor”, respondió Caperucita. “Cuando nací, mi mamá abrió una Cuenta Afore Niños para mí y cuando era posible, abonaba dinero que se invertía, multiplicándose poco a poco. Además, juntas depositábamos el dinero de mis domingos y el que mi abuelita me regalaba por mis cumpleaños. Desde 50 pesitos, fui haciendo mi colchoncito”, recordó mientras

sonreía. “Cuando empecé a trabajar, mi Cuenta Afore ya tenía el dinero que ahorramos y las ganancias generadas en ese tiempo. Luego descubrí AforeMóvil, que es una aplicación con la que puedo seguir ahorrando para mi retiro”, continuó.

- “Y seguramente ahorras toda tu quincena”, interrumpió Caperucita Roja con ironía.

- “No, pero sé cómo gastar”, respondió Caperudiva pacientemente. “AforeMóvil tiene un programa de recompensas llamado GanAhorro; por cada producto que adquiero desde esa plataforma, un porcentaje de su costo es abonado a mi Cuenta Afore, sin pagar más”, añadió. “No dejo de consumir y ahorro en automático”.

- “¡Pero yo sí ahorro, no estoy tan mal!”, intervino Caperucoda.

- “No estás mal, pero ahorrar en una tanda no sólo pone en riesgo tu dinero; simplemente, éste no va a crecer. Por ejemplo, ¿has notado que el kilo de los frijoles que has estado comiendo es cada vez mayor?”, preguntó.

- “Sí, es cierto”, respondió Caperucoda con voz desanimada.

- “Si invirtieras tu dinero en lugar de sólo ahorrarlo, siempre estarías preparada para el alza de precios”, explicó Caperudiva, quien, entusiasmada, prosiguió: “Es más, les voy a ayudar. ¡Ya se la saben, saquen su celular!”.

En ese momento, Caperucita y Caperucoda tomaron su *smartphone* y descargaron la aplicación. De nuevo, la magia sucedió: cada una de las mujeres regresó a su realidad.

Aún con el billete de 50 pesos en la mano, Caperucita supo qué hacer: depositar el dinero en su Cuenta Afore para hacer su ahorro crecer.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.